

FRAU ALCALDESA



Michael Harris



Evohé Narrativa

Evook
Narrativa

Frau alcaldesa

Michael Harris



Evohé Narrativa

A Soledad

Agradecimientos

Escribir una novela en un idioma que no es el tuyo es una tarea apasionante aunque complicada, y raya en una epopeya de locos cuando es tu primer intento literario.

He tenido la gran suerte de contar con la ayuda de varios colaboradores en mi larga lucha con las complejidades de la bella lengua de Cervantes: Soledad García Pérez, M^a José Santamaría, Álvaro Blázquez, Víctor Claudín y Javier Baonza de Ediciones Evohé.

También quiero agradecer a otras personas que han leído y comentado versiones anteriores de Frau Alcaldesaa a lo largo de los últimos dos años: Mario Ojeda, M^a José Moyano, Iñaki Arzak, Juan Andrés Castro, Yolanda Castelló y Carlos Regueira.

A Soledad y a Guillermo por aguantar la convivencia con un ser obsesivo que se levanta a las tres de la madrugada para escribir.

Finalmente, quiero dar las gracias a este país que me ha dado cobijo durante los últimos treinta y tres años. Los inmigrantes damos mucho a nuestros nuevos hogares, pero recibimos mucho más. Sin la belleza de su entorno, la riqueza de su cultura y la calidez de sus gentes, mi vida habría sido mucho más pobre. Además, aquí he encontrado amistad, amor y al Atleti, el mejor equipo de fútbol del mundo.

DRAMATIS PERSONAE

Kerstin Wolf (la Prusiana): alcaldesa de Villasur de Arriba y de Villasur de Abajo.

Su entorno

Gustavo Bosch Peñafiel (el Cabrito): exlegionario, intérprete de Kerstin Wolf.

Simón Serrano (Pelopincho): pluriempleado policía municipal.

Cristina Serrano: secretaria del Ayuntamiento de Villasur de Arriba.

Fernando Serrano (el Aguilucho): informático y ornitólogo.

Cid: el mastín de Fernando.

Gumersindo Gómez (George Clooney): exmisionero y párroco de Villasur de Arriba.

Wolfgang: la pareja de Kerstin y profesor de Sociología en Berlín.

Stefan: el hijo adolescente de Wolfgang.

Jacobo Serrano: ganadero del Monte de La Maliciosa.

Boogie: el perro de aguas de Jacobo.

Miembros de la Asamblea Popular del 15M de Arroyo Muerto

Ángela: una amiga de Fernando Serrano.

Edith: la novia francesa de Ángela.

Jesús Ángel Serrano: amigo de Ángela.

Margarita: moderadora del 15M y empresaria ecológica.

Carlos: la pareja de Margarita.

Camilo Serrano (el Tigre): exalcalde de Villasur de Arriba, emprendedor.

Su entorno

Agapito Sánchez Serrano (Pito): exconcejal de festejos de Villasur de Arriba.

Blas: el pitbull de Camilo.

Marina Solokova : directora del espá de Villasur y amante de Camilo.

Isabel: esposa de Camilo Serrano.

Álex Serrano: piloto y hermano de Camilo.

Alicia: hermana de Agapito.

Primi: servicio de información de Camilo.

Maribel y Bárbara: las cerdas favoritas de Camilo.

Militantes de Orgullo Nacional

Diego Serrano: hijo de Camilo y líder del grupo.

Gonzalo (el Jirafa).

Rafa (Rizitos).

Pitito Sánchez (hijo de Agapito).

David (Granito).

Otros personajes de Villasur y de la Comunidad Autónoma de Guadalbóndiga

Las brujas de la Charca Verde: la negra, la roja y la azul.

El abad de San Simón el Albañil.

Kaspar Kokkonen (el Tiburón del Báltico): comisario regional de la COPA (Comisión de Países Acreedores).

Fausto Fidalgo (el Ocelado): secretario del Ayuntamiento de Villasur de Abajo.

Rodrigo Fidalgo: gemelo de Fausto y exalcalde de Villasur de Abajo.

Graham: profesor de inglés y asiduo cliente del espá.

El obispo de Guadalbóndiga.

Personajes madrileños

Torres: facilitador del partido de Camilo en Madrid.

Darío San Martín: el jefe de Torres.

Fito: manifestante republicano.

Angustias: señora mayor.

Yayo Segura: portavoz de Ecologistas Anticapitalistas.



Índice de contenido

[Portada](#)

[Título](#)

[Dedicatoria](#)

[Agradecimientos](#)

[Dramatis personae](#)

[Mapa](#)

[Frau alcaldesa](#)

[I. La llegada](#)

[II. Complicaciones](#)

[III. La trama](#)

[IV. El referéndum](#)

[V. Desenlace](#)

[VI. El final](#)

[Datos técnicos](#)

I. LA LLEGADA

1 Un jarro de agua fría

Todavía hacía fresco debajo de los castaños quemados y polvorientos. Las golondrinas volaban alto en su incesante búsqueda de insectos, incluso encima de las altas torres del castillo de Mariano Matamoros. En una esquina de la plaza, dos hombres de mediana edad estaban sentados en la terraza del bar España. Uno de ellos, un individuo grueso y fornido, con facciones rudas, tomó un sorbo de café, otro de coñac y miró a las hiperactivas golondrinas con ira, a través de sus gafas de sol.

—¡Toda la culpa la tienen esos cabrones de abajo, esos malditos Lagartos de los cojones! —gruñó con voz ronca, levantando su mandíbula de forma desafiante.

Su primo asintió con la cabeza y respondió con voz de pito.

—Tienes razón, Cami, esos muertos de hambre siempre nos joden el invento. Si no fuera por ellos, tú estarías todavía de alcalde y yo de concejal de fiestas.

Su acompañante vestía casi igual que Camilo, con una camisa de manga larga, gafas de sol Rayban y un Rolex, aunque su reloj era claramente de menor categoría. Los dos tenían un cierto parecido, aunque el exconcejal era un poco más bajo y bastante más gordo. Su cara era redonda comparada con el cabezón anguloso del otro y lucía un abundante cabello negro con rizos hasta el cuello, en lugar de tener la cabeza rapada.

Un pitido interrumpió la conversación y el exalcalde consultó los mensajes en su flamante móvil de última generación.

—¡Joder, mierda! Ya han llegado y vienen para acá. Me lo dice la Primi.

En efecto, dos figuras aparecieron en una esquina de la plaza en dirección al Ayuntamiento, un edificio de corte franquista que desentonaba con el resto de las sólidas casonas de los siglos XVII y XVIII. La primera figura era la

de un hombre minúsculo, totalmente calvo aunque con un espectacular bigote blanco, vestido con un impecable traje negro. A pesar de sus sesenta y muchos años, caminaba con un paso militar firme y enérgico. La otra era una mujer alta y rubia, de unos treinta y tantos años y con poca pinta de ser vecina de Villasur de Arriba. Llevaba una cartera negra y en ningún momento miró a los dos cincuentones indígenas.

El primo sacó otro cigarrillo, observando a la forastera de la misma manera que un comerciante de carne ojea una ternera de raza exótica en una feria de ganado.

—Pues la alemana tiene mejor pinta en directo que en esos vídeos electorales que tuvimos que aguantar en julio —dijo, lamiéndose los labios—. Poca teta, es verdad, pero con unas buenas piernas y un culo bastante apetitoso. Tiene un par de buenos polvos, ¿no crees, Cami?

Su interlocutor ignoró los comentarios y estalló con rabia.

—¡Qué jeta tiene la cabrona! A mí me sorprende que no venga acompañada con un regimiento de la Wehrmacht. ¡A ver cuánto tiempo dura por aquí! Juro que voy a...

Su amenaza se disolvió en un ataque de tos. Para aliviarse, tragó un trozo de chorizo y echó otro a su pitbull, Blas, que esperaba paciente al lado de su amo.

—Además de guapa, esa tía no debe ser tonta —continuó Pito, con la voz cada vez más aguda y frotándose la barbilla como un sabio—. Fue la única de los tres candidatos en esas famosas elecciones de plasma que no mencionó la palabra «austeridad» durante su discurso electoral. El otro gilipollas, el sociata holandés, lo repitió muchas veces y el cristianodemócrata bávaro soltaba grandes frases como «sudor, lágrimas y sangre».

Acostumbrado a los deslices de su primo, Camilo le corrigió con paciencia.

—Sangre, sudor y lágrimas, Agapito. Bueno, sin darse cuenta, los gilipollas aquí eligieron una ecologista y ¿sabes qué dicen de esos subversivos? Son como las sandías:

verdes por fuera y rojos por dentro. Si nuestro abuelo levantara la cabeza, cogería su Luger y les pegaría un par de tiros, y eso que a él le gustaban, y mucho, los alemanes.

La mujer en cuestión y su pequeño acompañante ya habían llegado a la puerta del Ayuntamiento. El reloj marcaba las once en punto y, desde el pueblo de abajo, se escucharon las campanadas de la abadía de San Simón el Albañil, sepulcro del venerado Santo Leproso.

Un policía municipal, con cara de sueño y los pelos de punta, abrió la puerta y la pareja cruzó el umbral. En ese instante, la rubia invasora tomó posesión del poder terrenal en el Ilustrísimo Ayuntamiento de la Leal Villa de Villasur de Arriba.

El policía observó a los visitantes como si fueran marcianos, intentando sin éxito tapar con la gorra su indomable pelo.

—¿No iban a llegar ustedes mañana por la mañana? — exclamó con sorpresa.

—¡Firmes! ¡Coño! No lo quiero repetir. ¡Firmes!

La orden militar salió del hombre pequeño cuyo gran bigote blanco tembló con irritación y, recordando su traumática experiencia en la mili, el agente se cuadró.

—Gustavo Bosch Peñafiel, exsargento de la Legión — declaró, antes de presentar la nueva alcaldesa de los dos pueblos de Villasur—. Soy su traductor. La señora Wolf es su jefa ahora. ¿Me entiende?

—Sí, señor; sí, señora —respondió el policía, con sus grandes ojos de sabueso clavados en la cara del militar jubilado.

La nueva regidora conversó unos instantes en alemán con su intérprete, agradeciéndole su ayuda, pero comunicándole que prefería practicar su castellano, por lo que necesitaba las traducciones solamente para los documentos oficiales y las reuniones formales. Bosch Peñafiel dio un brioso taconazo.

—A sus órdenes, *mein hauptmann...*, perdón: señora Alcaldesa.

La extranjera se pasó la mano por su rubio flequillo y empezó a hablar con evidente acento alemán.

—Soy Kerstin Wolf, aunque me puedes llamar simplemente Kerstin. —La alcaldesa dio la mano al policía atolondrado—. ¿Cómo te llamas? ¿Espero que pueda «tútete»?... quiero decir tutearte.

El hombre se relajó y miró con atención la cara delgada llena de pecas y los ojos intensamente azules de su interlocutora.

—Soy el agente Simón Serrano, señora, pero todo el pueblo me llama Pelopincho —dijo, cubriendo su boca para disimular un bostezo.

La alemana sonrió amablemente.

—Bueno, Simón, primero me gustaría ver el edificio, aunque no quiero, ¿cómo se dice?, «armar un sirio».

—Montar un cirio —le corrigió, amablemente, su atento intérprete.

Pelopincho, aliviado por haber podido escapar de la atención del temible legionario jubilado, enseguida comenzó la visita guiada.

—En esta planta está nuestra comisaría, la oficina de información municipal y la secretaría. Arriba, en la segunda planta, tenemos la sala de plenos y su despacho.

—Quisiera ir a la oficina de la secretaria primero, si eres tan amable —respondió la alcaldesa sonriendo.

Entraron a una oficina con varias mesas, cada una con su ordenador. Solamente una de ellas estaba ocupada, por una mujer de treinta y pico años, de estatura mediana, morena, de cara agradable y pelo negro recogido en un moño. Estaba tecleando, absorta en su trabajo, y tardó unos instantes en darse cuenta de la llegada del grupo.

—¡Señorita!

La empleada dio un salto y se puso de pie al oír la poderosa voz.

—Soy Bosch Peñafiel. Le presento a la *Frau* Alcaldesa, la señora Kerstin Wolf.

La mujer miró a los intrusos, parpadeando con sus grandes ojos de color café.

—Soy Cristina Serrano, la secretaria del ayuntamiento—. Encantada de conocerla, señora Wolf.

—Llámame Kerstin, por favor —contestó sonriendo. Miró los papeles amontonados en su mesa y comentó que había muchísimo trabajo. La funcionaria agarró un fajo de facturas y encogió los hombros.

—La empresa eléctrica nos amenaza con cortar la luz y no tenemos un duro. Todo está muy mal. —Cristina suspiró hondamente.

Su nueva jefa puso cara seria y resoluta.

—Entiendo que la situación está fatal si no podemos ni siquiera pagar la luz eléctrica. Estamos «a dos bombillas» como decís por aquí.

Su traductor le susurró algo y Kerstin se puso colorada.

—Quiero decir a dos velas. Bueno, a ver qué podemos hacer para arreglar esta situación. Sigamos con la visita.

Subieron las escaleras y pasaron a una gran sala con cuatro banderas: municipal, autónoma, europea y nacional. Al fondo, detrás de la mesa de la presidencia, estaba el escudo del pueblo y dos fotos: a un lado el Rey Felipe VI y al otro una alemana regordeta, la jefa de facto de la Unión Europea.

—El viernes pasado recibimos la orden desde Madrid de poner ese nuevo retrato aquí —explicó la secretaria—. Dijeron que es para recordar que se ha terminado el despilfarro y que ha empezado el rigor presupuestario.

Todos se quedaron en silencio observando las fotos, inmersos en sus propios pensamientos. Kerstin, consciente de la delicada situación, cambió de tercio.

—¿Por qué está rota esa ventana? —Señaló al cartón que tapaba una hoja del ventanal hacia la calle.

Sin disimular su desagrado, la secretaria la miró con sus ojos cansados.

—Fue en junio durante el último pleno antes de la intervención europea. Don Camilo se subió su propio sueldo un treinta por ciento, aumentó las dietas de los concejales y despidió a diez trabajadores municipales. No dejaron entrar a la gente y hubo una manifestación en la plaza organizada por el 15M.

Kerstin escuchó con atención y ladeó ligeramente la cabeza.

—Ah, los famosos indignados. ¿Hay gente del 15M por aquí?

—Cuando las cosas se pusieron tan mal durante la primavera pasada, los del 15M empezaron a tener un poco más apoyo público, pero no duró mucho.

Siguiendo a Pelopincho, el grupo dejó el salón de plenos y Kerstin observó goteras en el pasillo y que las paredes necesitaban una mano de pintura. Cristina Serrano se dio cuenta.

—Realizaron una reforma hace cinco años con materiales malos. Sin embargo, dejaron muy bien la oficina del alcalde. Ahora lo verán.

—¡Damas primero! —corrigió el exsargento. Sin embargo, el agente de policía ya estaba a punto de entrar en el despacho.

Simón empujó con energía la puerta entreabierta, provocando un ruido tremendo. Un torrente de agua descargó sobre el desafortunado agente y a continuación un cubo de fregona le dio en la cabeza.

Pelopincho estaba empapado con agua sucia y jabonosa, sus rebeldes pelos aplastados.

—¿Qué pasa? —preguntó a los demás con una sonrisa resignada—. ¿Hoy es el día de los inocentes o qué?

2 La rojigualda ultrajada

La llegada de Kerstin Wolf a Villasur fue un acontecimiento histórico: un pueblo español intervenido directamente bajo el marco del Plan de Ajuste, Liberalización y Ordenación (PALO) impuesto a varios estados deudores del sur de Europa por la siniestra Comisión de Países Acreedores (COPA), recién formada después de la enésima crisis de la Unión Europea. Esta intervención fue presentada como la solución definitiva a los males endémicos de los países pecadores de la eurozona.

La plaza del pueblo recibió este hito tan señalado con una indiferencia absoluta. Los dos oriundos del pueblo seguían charlando, fumando y escupiendo. Debajo de un arbusto dos chuchos feos y pulgosos copulaban con frenesí, con Blas, el pitbull de Camilo, como único espectador interesado. Algunos gorriones limpiaban del suelo los restos de pan y patatas fritas que quedaban de la noche de juerga anterior. Debajo del toldo del bar España, un camarero senegalés con el cuerpo de un jugador de baloncesto y la piel color azabache, esperaba pacientemente las órdenes de los dos notables locales.

El primo, impactado por la importancia del suceso que había observado, reanudó sus reflexiones, ahora con el tono de un comentarista de fútbol.

—Lo más llamativo es que aquí no hay ni una cámara de televisión para presenciar esta escena que podríamos considerar como el peor momento de nuestra historia desde que Napoleón entró en Atocha a la cabeza de sus tropas o desde que Nelson invadió nuestro querido Peñón.

—No, Pito, fue Chamartín —rectificó Camilo, esta vez con menos paciencia—. Uno está al norte y el otro al sur de Madrid y Napoleón llegó desde arriba. Y Gibraltar fue ocupado un siglo antes de que ese maricón manco con un solo ojo nos derrotara en Trafalgar, gracias a la cobardía de los malditos gabachos. Siempre fuiste un auténtico zote en el colegio —concluyó, con su voz de fumador.

—Tú eras un listillo a pesar de no aprobar ninguna asignatura y hacer la vida imposible al pobre padre Gonzalo. —Agapito lanzó un suspiro al pensar en sus felices tiempos escolares—. Por cierto, organicé una pequeña sorpresita para la alemana en tu despacho. ¿Te acuerdas de la inocentada del cubo de agua encima de la puerta que hiciste tú una vez a nuestro profe?

Cami sonrió al recordar el éxito del truco y la cara del sufrido sacerdote al recibir una ducha inesperada. Felicitó a su primo por su iniciativa y comenzó a contemplar con satisfacción los múltiples triunfos de su vida.

—¿Quién tiene ahora dos bares, un restaurante, un puticlub, un campo de golf, una bodega, un bloque de pisos en Murcia y una finca de caza mayor en Extremadura, sin mencionar el resto de nuestro patrimonio familiar?

—Y las cuentas secretas en Zúrich y las Islas Caimán. —Pito acarició su barbilla filosóficamente y su voz, siempre aguda, llegó a falsete.

—¡No te metas donde no te llaman! —rugió el otro, enseñando sus fauces. Apodado el Tigre desde adolescente, fingió estar enfadado, aunque en realidad le encantaba hablar de los frutos de su dura labor de político.

—Pito, no te voy a contar nada de mis asuntos personales. Sabes que yo trabajo para el bien de toda la familia, para el bien del pueblo y para el bien de España, ¿no?

—Sí, y lo has hecho estupendamente. Empezaste currando en la churrería del tío Antonio a los dieciséis y luego estuviste casi treinta años de alcalde.

Cami se quedó callado unos instantes mientras recordaba sus largas jornadas de churrero y su primera y ajustada victoria electoral. Luego respondió con una voz grave y pausada, excavando con un palillo entre las muelas varios trozos de chorizo.

—Tú no te puedes quejar tampoco, Pitito. Si no fuera por mí, estarías todavía trabajando de autobusero en Guadalbóndiga.

—Lo sé, Cami, y estoy muy agradecido.

Otro nubarrón pasó por la cara del experimentado político que puso voz y pose de estadista con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Pito, ya se han acabado los buenos tiempos. Primero ese lerdo del ZP, luego el imbécil de Rajoy, los múltiples rescates y ahora esta intervención en toda regla con la imposición de alcaldes de fuera. Esos gilipollas del norte no se fían de nosotros después de todo lo que hemos hecho por este país.

—Incluso aquí hay gente contenta con lo que está pasando, algunos de los rojos, por ejemplo. —La voz de Pito trinoó como un petirrojo indignado.

Camilo también se enfadó y terminó su coñac de un trago.

—¡Son unos traidores! Y los peores son esos putos Lagartos del pueblo de abajo. Con «su» denuncia, ese cabrón de Rodrigo Fidalgo pretendió conseguir la revancha porque me tiré a su novia en BUP. Ahora él tampoco es alcalde de Villasur de Abajo y van a investigar también sus cuentas.

Agapito asintió, con su amplia papada moviéndose como un postre de gelatina.

—Y esa mujer quiere unir a los dos pueblos para ahorrar dinero. Y eso que llevamos mil años separados.

—¡Joder, Pito! Solamente son ciento y pico años. Desde que nuestro tatarabuelo, Leandro Serrano, se peleó con el abad de San Simón al fracasar su negocio de suministrar vino barato a las tropas en Marruecos. Pero te voy a decir una cosa, primito...

Camilo se quitó las gafas de sol de forma dramática, revelando unos pequeños, aunque penetrantes, ojos negros.

—Agapito, esa furcia verde no se va a comer una rosca en nuestro pueblo. Y estos cabrones del PALO no van a tocar ni un céntimo de nuestro patrimonio familiar. He tomado las medidas pertinentes y no van a encontrar nada, te lo aseguro. Nos quedaremos aquí unos meses tomando cafés

tranquilamente y vigilándoles. Al final, esa tipa tendrá que volver a Berlín con las manos vacías. Te lo juro por la Virgen de La Maliciosa.

Camilo se santiguó con sentimiento y, para dar más énfasis a sus palabras, golpeó la mesa con su puño, acción que despertó al pobre Blas de sus sangrientos sueños caninos. Pito no se extrañó nada de las formas vehementes de su primo.

—Lo sabía, Cami. Todo está atado y bien atado —dijo aliviado—. Eres un auténtico lince para los negocios.

El anterior alcalde de Villasur de Arriba tocó el cuello de su camisa como si estuviera ajustando una corbata imaginaria y sentenció tajantemente:

—Es que soy todo un emprendedor, ¿a que sí?

Cristina Serrano explicó que algún gracioso debía de haber organizado la inocentada durante el fin de semana, porque el personal de limpieza no había llegado todavía. Llamó a alguien para limpiar el suelo y se ofreció a secar la camisa de Pelopincho, pero el policía quería terminar con la visita turística de su nueva jefa.

El nuevo despacho de la alcaldesa era enorme, con suelo de mármol y, en las paredes, librerías llenas de tomos legales encuadernados en cuero. En el centro había un escritorio y un ordenador con pantalla grande. En un lado los visitantes observaron dos sofás de cuero blanco, un mueble bar y un televisor Bang & Olufsen ultraplano.

—*¡Gott im Himmel!* ¡Vaya despachito! —exclamó el intérprete, acercándose al televisor con admiración. No obstante su jefa discrepó con vehemencia.

—*¡Nein!* ¡Es horroroso, *Herr Bosch!* ¿Y este lugar es mi oficina ahora? —Kerstin miró con cara de pasmo, sacudiendo su cabeza con incredulidad.

—Es el lugar de trabajo del alcalde... o la alcaldesa —explicó Cristina Serrano—. Tiene aire acondicionado y detrás de esa puerta hay un baño con jacuzzi. Don Camilo

utilizó esta sala para sus fiestas privadas. Por cierto, hay buenas vistas desde la terraza.

La secretaria abrió la puerta y todos salieron a un balcón grande donde se izaban las banderas y donde se apreciaba un panorama impresionante. A la izquierda estaba la montaña de La Maliciosa, con las laderas cubiertas de pinares que bajaban hasta el mismo pueblo de Villasur de Arriba. Dentro del núcleo urbano, se veían urbanizaciones de chalets entre los árboles, luego bloques modernos de cuatro o cinco pisos y finalmente el casco antiguo, un oasis de belleza en medio de un desierto de fealdad.

—No se puede observar el castillo desde aquí, pero sí se ve la abadía del pueblo de abajo —aclaró Cristina, señalando hacia el sur. Solo una franja de pinares separaba los dos pueblos y, bajando la cuesta un poco más, empezaban otra vez las urbanizaciones. Unos pocos tejados antiguos se agrupaban alrededor de una gran iglesia, con una gigantesca torre de estilo barroco.

—¡La bandera está mal! ¡Cámbienla inmediatamente! —exclamó Bosch Peñafiel, mirando con horror la rojigualda con su escudo al revés.

Rápidamente, el empapado policía Serrano trató de arriar la enseña nacional. Sin embargo, con su nerviosismo, se quedó enganchada y no había forma de moverla. Esperó con inquietud la siguiente embestida verbal del sargento retirado.

Por un momento la alcaldesa se olvidó de la gravedad de su cargo, recordó sus días como adolescente en los *scouts* alemanes, y se quitó los zapatos. Exclamó algo en su idioma, trepó por el mástil hasta llegar a la cuerda atascada y, con habilidad, quitó el nudo, liberando la bandera de su cautiverio. Bajando otra vez, entregó el símbolo patrio a Pelopincho, pero el pobre agente estaba tan estresado que se lo dejó escapar de las manos. El trozo de tela comenzó a caer lentamente hacia el suelo de la

plaza con las cuatro personas en el balcón como observadores impotentes.

—¿Qué has hecho, imbécil? ¡Mereces un mes en el calabozo por agravio a la bandera! —tronó Bosch, mientras su bigote bailaba con rabia.

La situación empeoró aún más cuando los dos perros callejeros, saciados por su coito matinal, se acercaron a la enseña ya tendida en el suelo. El macho, feo y pulgoso, levantó su pierna y, sin más ceremonia, meó encima de la tela rojigualda. En ese momento, el pequeño grupo del balcón observó cómo un hombre grueso con el cabezón rapado cruzó la plaza corriendo con sorprendente agilidad, acompañado por un pitbull que gruñía de forma terrorífica.

Los chuchos se esfumaron en un instante, dejando la enseña ultrajada en manos del antiguo dueño y señor de Villasur de Arriba.

3 La cabra tira al monte

Su mano izquierda se deslizó por unos muslos tan suaves como la seda, subió una pendiente y llegó a la cima de dos magníficas nalgas. Después desapareció entre las dos piernas e intrépidamente inició la exploración de unas zonas más oscuras. Mientras sus dedos trepaban por las laderas del monte de venus, la otra mano sujetaba un móvil y su dueño escuchaba con atención las noticias de su servicio privado de información.

—Vale, Primi. Cuéntamelo todo... ¡No me jodas! ¡A la Prusiana no le gustó mi despacho! ¿Qué dices? ¿Hortera? ¿Yo? ¿Y qué hizo la tipa después? ¿Un sándwich para comer? ¡Luego salió a pasear a las siete y pico con este calor! ¿Está loca o qué?

El Tigre quitó su mano del cuerpo de la morena tumbada en la cama y la olió con placer antes de coger un cigarrillo. La mujer, una ucraniana de 1.80 y poseedora de un cuerpo

de fábula, alcanzó el mechero de oro y encendió el cigarro de su acompañante, vestido solamente con unos calzoncillos de rayas azules.

—Vale, vale, Primi. Llámame cuando tengas más noticias —dijo, rascándose su enorme barriga peluda y soltando su teléfono.

Su amante giró la cabeza, observándole con preocupación.

—¿Qué pasa, Cami? ¿Qué ha hecho esa alemana? ¿Ya hay problemas?

—No, tú tranquila, Marina. Todo está bajo control —respondió, echando un impresionante anillo de humo que flotó hacia el techo.

—¿Por qué estás preocupado? Algo te pasa.

Camilo elevó su mentón y miró con sus ojos penetrantes a la mujer desnuda.

—¿Tienes alguna queja, Marinita?

—No, mi amor, eres mi *sex machine* de siempre, pero noto que estás un pelín distante. Eso es todo —contestó, apresuradamente.

El Tigre empezó a hablar con un tono resuelto.

—Bueno, estos son tiempos duros, tiempos de crisis. No obstante, ganaremos. ¡Venceremos como venció don Pelayo!

—¿Quién es ese? No le conozco. ¿Es futbolista?

A pesar de su excelente castellano con leve acento del este de Europa, Marina nunca había estudiado la gloriosa historia nacional e ignoraba por completo la existencia de la Reconquista. Camilo no tenía ganas de embarcarse en una explicación histórica.

—Lo que quiero decir es que España saldrá bien de todo esto. Y yo saldré más fuerte que nunca. Lo verás.

Sin embargo, la cara de Marina seguía registrando inquietud y continuó con su letanía de problemas.

—¿Y mientras tanto qué va a pasar? Las cosas en el espá van fatal. Las chicas no saben qué hacer y apenas tenemos

clientes. Si sigue el negocio así, tendré que despedir a la rumana y a la filipina que son un poco viejas. Y a esa brasileña que es muy puñetera —añadió, con tono quejica.

—¿Y qué pasa con los habituales? Ellos por lo menos irán.

La *madame* comenzó a realizar un rápido repaso de los clientes regulares.

—Bueno, está tu primo Agapito y ese tío relamido del ayuntamiento de abajo.

—Fausto Fidalgo, el secretario municipal. Le llaman el Ocelado porque es el hijo de puta más grande de todos esos malditos Lagartos.

—También está el abad, por supuesto. Viene los sábados como un reloj, aunque paga tarde y mal. Y nos visita el profe de inglés, Graham, pero es más raro que un perro verde. A mis chicas no les mola todo ese rollo de látigos y máscaras y a mí tampoco —espetó, poniendo cara de asco—. Durante los fines de semana hay cada vez menos domingueros y el turismo está por los suelos. También estoy preocupada por lo de las subvenciones para turismo rural que conseguiste para montarlo. Ayer, vino por el espá un tío de Guadalbóndiga haciendo preguntas. No sé si era un inspector de Hacienda.

El empresario no se inmutó al oír la referencia a la temida agencia tributaria.

—Tú tranquila. Tengo un buen contacto en la delegación provincial y me informa de todo. Además tenemos controladas las investigaciones de la Prusiana —dijo con satisfacción, dando otra calada a su cigarrillo.

—¿Cómo es? ¿Es guapa? —A Marina le picó el gusanillo de la curiosidad y, por un momento, olvidó sus preocupaciones empresariales.

— La vimos hoy en la plaza. ¡Más fea que el pecado! Flaca y más lisa que una tabla de planchar. A Agapito le pone, pero ese es un auténtico omnívoro con las tías. Sabes cómo es, mucho ruido y pocas nueces —dijo, soltando un par de

carcajadas, imaginando a Pito intentando ligar con la alemana.

—¿Qué ha hecho esa tía en su primer día?

—La fulana llegó al ayuntamiento sobre las once y dio una vuelta por el edificio. Visitó mi despacho, por ejemplo.

—Con lo bien que lo pasamos allí. ¡Qué recuerdos, Cami!
—exclamó con nostalgia, riéndose y mostrando unos dientes torcidos: su indudable belleza sufría un importante revés cada vez que abría la boca.

—Después de la visita, la Prusiana empezó a trabajar con las cuentas municipales. Luego habló con algunos trabajadores. Comió un sándwich vegetal en su despacho y trabajó hasta las seis y pico.

—¿Un sándwich vegetal? —preguntó la extrañada ucraniana.

—Sí, dicen que es vegetariana. Por la tarde mandó unos correos a sus jefes en Berlín, aunque no los tengo traducidos todavía.

Marina se dio la vuelta y se incorporó, mostrando dos pechos impresionantes.

—No me fío nada de esa mujer, Cami. Conozco bastante bien a los alemanes. Son muy metódicos y ella encontrará algo. Estoy segura de ello.

Su amante ya estaba levantándose y le contestó con impaciencia.

—¡Bah! Tonterías. Esos lerdos teutones no son capaces de conocer los entresijos de este país. Son muy previsibles. Bueno, Marinita, tengo que irme ya porque tenemos invitados en casa esta noche.

Los dos se vistieron y salieron de la habitación, directamente a un patio con césped, una fuente y estatuas de juguetonas ninfas romanas. Camilo se dirigió al aparcamiento y se puso al volante de su potente Jaguar XF. A la salida pasó bajo un gran cartel luminoso en el que faltaban varias letras, «V llasu Well ess y Sp», y empezó a conducir con brío rumbo al pueblo por una pequeña

carretera que serpenteaba entre pinares. Después de pasar por una curva empinada vio la figura de una solitaria excursionista, con el pelo rubio, subiendo por un camino.

«¡Ah! la Prusiana ya está explorando nuestro monte — murmuró—. Debería tener cuidado porque hay muchos lobos peligrosos en estos bosques».

El exalcalde sonrió y pisó el acelerador. Con un fuerte rugido su coche se lanzó cuesta abajo hacia las torres del castillo de Mariano Matamoros. Mientras tanto, la senderista siguió su caminata vespertina.

Kerstin había estudiado las rutas senderistas de la zona antes de coger su vuelo a Madrid. Llevaba una aplicación en su móvil para orientarse en las montañas, además de una mochila bien equipada. Hoy, en su primera salida, iba a subir hasta la Fuente del Renegado a unos mil trescientos metros, un lugar con excelentes vistas de los dos pueblos. Le encantaba el senderismo y solía pasar los domingos con su pareja Wolfgang y su hijastro Stefan andando por el bosque de Grönwald cerca de Berlín y en los montes Harz. Mientras subía por un estrecho y pedregoso camino, reflexionaba sobre el contraste entre los bosques alemanes, tan verdes con sus hayas, fresnos y abedules, y estos pinares tan secos. Sin embargo, esta vegetación tenía su propia belleza. Entre los pinos negrales y albares crecían varios arbustos, la mayoría de los cuales ella no conocía, aunque sí pudo identificar los escaramujos, majuelos y zarzamoras.

Después de cruzar una carretera, la senderista oyó el cercano rugido de un coche. Por lo demás, había una tranquilidad difícil de conseguir cerca de Berlín y solamente los cantos de los pájaros acompañaban su subida. Llegó después de una hora a una antigua casa en ruinas y una fuente de piedra seca donde sacó su cantimplora y bebió mientras admiraba las vistas del valle del Avispero. Abajo, los pueblos parecían juguetes, el

pueblo de arriba dominado por el castillo medieval y el de abajo arrimado a la gran abadía barroca. Más lejos, después de unos campos de pasto y vides, empezaba una zona de cultivos intensivos, con plásticos. Al otro lado de un río, Kerstin distinguió un gran centro comercial, la autopista, la línea del AVE y un aeropuerto abandonado, todos monumentos a los años de euforia de la burbuja inmobiliaria. A lo lejos, la vista se perdía en un interminable paisaje de dehesas de encina y colinas pardas y grises.

La caminera miró la hora en su móvil. ¡Casi las ocho y media! Iba a anochecer dentro de poco y no había cobertura allí en el monte, algo que la previsora excursionista no había anticipado. Ahora, al no funcionar el GPS, estaba sin su aplicación para orientarse y tendría que recordar el camino de vuelta. Enseguida comenzó la bajada pero, después de un kilómetro, llegó a una bifurcación y, no recordando por dónde había subido, cogió la senda de la izquierda porque le pareció un poco más grande.

Mientras el sol desaparecía detrás de las montañas, la berlinesa anduvo por ese camino que cada vez se volvía más estrecho. Cruzando un barranco tuvo que pelear con las agresivas zarzas que cortaban sus piernas, haciéndolas sangrar. Paró unos instantes para probar otra vez el móvil, pero seguía sin cobertura y, cuando intentó volver otra vez por el mismo camino, tampoco tuvo éxito.

Kerstin se sentó sobre una roca y empezó a rabiar. Estaba completamente perdida en medio de un zarzal. ¡Cómo se iban a reír los de Villasur de Arriba y Abajo de su nueva alcaldesa perdida en el monte! Todavía tenía media cantimplora, aunque la noche amenazaba con refrescar y no llevaba ropa de abrigo. Decidió pedir ayuda y gritó con toda su fuerza en tres idiomas: «¡Socorro! ¡Hilfe! ¡Help!» Cuando no era capaz de chillar más oyó un ruido raro, quizás de un animal, dentro de la maleza. ¿Qué era? ¿Un jabalí? ¿Un lobo? A pesar de su gran amor por la fauna, no

tenía ninguna gana de encontrar una bestia salvaje en medio del monte por la noche.

En la creciente penumbra del bosque, el animal avanzaba de forma implacable hacia ella, produciendo unos extraños y amenazadores gruñidos. Con resolución, la flamante regidora de Villasur de Arriba y Abajo cogió una piedra, preparándose para lo peor.

4 El rescate español

—¡Vaya día! Estos alemanes no son como los de antes, aunque siguen trabajando como auténticas máquinas. ¿Qué habría pensado de todo esto mi pobre madre que en paz descansa?

Gustavo Bosch Peñafiel hablaba con el espejo mientras atusaba su magnífico bigote blanco e inspeccionaba su cara, suave y poco arrugada a pesar de los largos años de legionario. Después de volver al Hotel Maliciosa y echarse una siesta, se había dado una ducha rápida. En vez del sobrio traje negro, ahora llevaba pantalones bien planchados y una impecable camisa de manga corta.

Dejó su llave en recepción y salió a la calle, o mejor dicho a la carretera que bajaba desde Villasur de Arriba hacia el pueblo de abajo. El Hotel Maliciosa (tres estrellas) era un edificio feo de los años ochenta y el aparcamiento estaba casi vacío excepto por unas adelfas tristes y unos cubos de la basura. El caminante subió la cuesta y pasó por una gasolinera y un almacén de materiales de construcción, cerrado desde hace años. Todavía hacía calor pero era un hombre de rutina: lloviera, tronara o relampagueara, a las ocho y media en punto siempre daba su paseo diario.

En el pueblo se extendía un aire triste de final de verano y, mientras paseaba entre los bloques de pisos, Gustavo observó unos grupos de familias reunidos alrededor de las piscinas, como las tribus primitivas en torno a las

hogueras. Los múltiples carteles de «Se Vende» o «Se Alquila» y «Urge la venta» en los portales, aumentaban la sensación de melancolía colectiva. Dentro del casco antiguo, en las ventanas de varias antiguas casonas se colgaban los mismos letreros. Muchos pequeños comercios estaban cerrados, con sus escaparates mugrientos y tapados por viejos anuncios.

Pronto el militar retirado llegó a las puertas de la iglesia, un edificio sólido aunque sin personalidad arquitectónica alguna. Cuando entró en el templo recibió un golpe de oscura frescura y se santiguó, mientras sus ojos se acostumbraban a la falta de luz. Luego encendió dos velas, una por cada uno de sus difuntos padres y, mientras depositaba unas monedas en la colecta, se dio cuenta de que le observaba un hombre de unos cincuenta y tantos años, vestido con unos viejos vaqueros, camiseta y alpargatas.

—Bienvenido a nuestra humilde iglesia. Soy el párroco Gumersindo —le dijo con una voz melodiosa. A pesar de su vestimenta despreocupada, tenía más pinta de galán de Hollywood que de sacerdote católico, con un rostro de rasgos regulares y un cuerpo flaco aunque musculoso.

—Encantado, padre. Gustavo Bosch Peñafiel, a su servicio. ¿Qué pasa aquí? Parece medio muerto, un pueblo fantasma. Todo está en venta y los comercios están cerrados. Las cosas están mal donde yo vivo, pero no así —dijo, frunciendo el entrecejo.

—Bueno, es una larga historia —respondió el párroco, sonriendo y revelando unos perfectos dientes blancos—. El centro comercial de la carretera tiene mucho que ver, pero no soy el más adecuado para contarle cosas del pueblo porque solamente llevo unos meses aquí. Antes fui misionero en Sierra Leona durante muchos años, trabajando por los niños soldados.

Al oír la palabra «soldado» el bigote de Gustavo se puso en alerta.

—Yo fui miembro del ejército casi toda mi vida. Gracias a los contactos de mi padre, entré en la Legión con quince años y luché en África. A mí no me hizo ningún daño ser soldado joven —afirmó con orgullo.

El sacerdote le miró y pasó una mano por su bien peinado pelo moreno.

—Quizás, señor Bosch. Sería interesante escuchar sus experiencias en África. A mí me encanta y la gente africana es maravillosa, aunque sé que son muy distintos los del Sáhara y los africanos de más abajo. A pesar de las guerras y la pobreza, son más nobles que nosotros. Y como dijo Jesús, «bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra».

Al oír la cita bíblica, el traductor le contestó hábilmente.

—Está muy bien, padre, pero mi línea favorita del Sermón de la Montaña es «saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás con claridad para sacar la mota del ojo ajeno».

El galán, apodado el George Clooney del púlpito por algunas y algunos de sus fieles, levantó su ceja izquierda con sorpresa.

—Veo que usted conoce bien el evangelio, señor Bosch.

—Fue por mi madre. Una verdadera santa por aguantar a mi padre, un hombre de carácter fuerte —contestó, haciendo una imperceptible mueca de dolor que el rompecorazones eclesiástico notó.

—¿Por qué no viene a misa? Mañana a las ocho por ejemplo.

Gustavo le dio las gracias, aunque declinó la invitación por coincidir con su jornada laboral.

—Bueno, señor Bosch, ha sido muy agradable charlar. Que la paz de Dios vaya con vos.

El exsargento le agradeció la bendición y salió del santuario hacia la plaza del pueblo. Allí se sentó en una mesa debajo de los tristes castaños para tomar algo y se dio cuenta de la hora en el reloj del ayuntamiento.